

abertura, sujeta con guijarros un lienzo blanco que se hincha con la brisa; allí está prisionera en la estrecha prisión de roca brava con la cernida arena por tapiz y el cielo por techo. Primero se santigua; luego, lentamente, porque el rumor del mar parece que la arrulla con perezoso halago, va descubriendo el blanco tesoro de su cuerpo, las piernas largas como de diosa, los brazos robustos, la curva de los hombros, que es como de mármol, el arranque del pecho, que es arrogante y promete glorias con su firmeza. Y sobre el tesoro, las miradas golosas del indiano, que sorbe con apresuramiento bocanadas de aire, como si la brisa que sube trajese hasta él la fragancia de aquella carne deleitadora. Malia se viste un saco de estameña parda, atraviesa corriendo la playa, refrena el paso al sentir la frescura del agua y va entrando en el mar lentamente. Las chiquillas la siguen, todas á un tiempo se chapuzan, y hay alborozo de risas, de voces, de juegos; el agua rota inunda los rostros, baña las cabezas; las bañistas se yerguen á veces, y la tela mojada modela los cuerpos, gráciles y esbozados aún. Malia se pone en pie también—el indiano apenas puede respirar—, y lentamente va saliendo del agua y cruza la arena y vuelve á la grieta de la roca.

XII

Vereda arriba caminan despacio, un poco fatigadas por el batallar con las olas, mordiendo sendos pedazos de pan, y entre bocado y bocado charlan como siempre:

—¡Qué calentina estaba el agua!, ¿verdá tú?

—Mira qué blancas se ponen las manos cuando se sale de la mar.

—Y aquí las yemas de los dedos parece que se quedan huecas.

—Y están muy arrugadas. Oye tú, Malia, ¿por qué será?

—¿Cuántos baños llevas? Yo tres.

—Y yo cuatro.

—Yo llevo ya siete; pero voy á venir todas las tardes mientras venga Malia.

—Pero has de ser formal; ayer por poco te afuegas, y no quiero sustos.

La más pequeñita grita:

—¡Mira tu tío, Malia!

—Don Juancho, don Juancho—dice el alegre coro.

Don Juancho está sentado en un ribazo á orilla del camino.

—Buenas tardes, nenas—y clava los ojos en Malia. Malia está un poco pálida, tiene los ojos muy brillantes; el pelo, con la humedad, se le ensortija más y más; algunos rizos le caen sobre la frente y otros se alborotan sobre la nuca fresca; anda rítmica y blandamente, como si aún la estuviesen meciendo las olas; y la ropa como que se le fuera pegando al cuerpo; el indiano piensa en la frescura que habrá dejado el agua sobre la piel de seda.

—¿Va usted á bañarse?—pregunta una.

—De los cuarenta para arriba...—responde otra, y se oye un formidable coro de risas.

El indiano se ríe también, aunque de mala gana, y se pone en pie.

—Ea, ya que volvéis á casa os voy á acompañar. ¿Quieres, Malia?

Ella hace un mohín de indiferencia.

—No seas arisca, mujer—y se pone á su lado; prosiguen el camino en silencio, que rompe el tío melosamente.

—Qué bonita te pones cuando sales del agua.

—¿De veras?—replica ella con no poca sorna.

—Y eso que no lo necesitas, porque eres fresca como una rosa.

Malia no contesta; el indiano calla; sube un poco de brisa y alborota los rizos aquellos que están sobre la nuca: ¡vaya una tentación! La mano de don Juancho se enreda en un rizo. Malia grita con susto, y de un salto se pone á cuatro varas.

—No te asustes, mujer—tartamudea el tío—; es que te vi una araña corriendo por el cuello.

Llegando á los prados, las chiquillas se desparraman en busca de moras, y una de ellas grita de lejos:

—¡Malia, cástate con don Juancho, que tiene pesetas!

—¿Oyes lo que dicen?—balbucea el caduco galán.

La moza, por toda respuesta, echa á correr detrás de sus amigas y le deja frescamente plantado.

XIII

Está el día nublado y bochornoso, con calor á un tiempo de horno y de estufa, y se sienten venir en el aire presagios de tormenta. Malia está en el huerto desde bien temprano lavando ropa; trabajó á conciencia toda la mañana, arremangados los brazos, las manos en el agua, cantando á plena voz; pero va llegando el mediodía, y el calor que arrecia le produce cansancio; detiéndose un instante, enjégase las manos, crúzalas elevando los brazos junto á la nuca, echa el busto atrás, reclinándose en no sé qué apoyo ideal; cierra los ojos; al abrirlos de nuevo, páranse en un manzano cargado de fruta. Malia va hacia el árbol, escoge con morosidad golosa é hinca el diente en la roja manzana; luego piensa que no estaría demás descansar un ratito y se sienta en el suelo al pie del árbol; primero se recuesta en el tronco, luego la tierra parece que

va tirando de ella con caricia invencible, y acaba por tenderse cara al cielo con los brazos en cruz; entre la enmarañada ramazón del manzano se alcanza á ver el cielo, que está azul pálido, tirando á gris; pero hay en él una refulgencia extraña y molesta que casi le obliga á entornar los párpados. ¡Qué pegajosa está la luz! Diríase que el aire tiene calentura. Gracias á que el manzano es copudo y da buena sombra; no corre viento, pero las ramas se mueven un poquito, y así las sombras se mueven también, y Malia siente la frescura de su ir y venir paseándole frente y mejillas; cuando las sombras llegan á posarse sobre los párpados, parecen de plomo según lo que pesan y lo bien que se está con los ojos cerrados. Hay un runruneo monorrítmico. Malia no sabe si es el aire que vuela ó si es alguna abeja que estará entre las ramas... ¡Qué importa!... El caso es que aquel runrunear es como canción de madre junto á la cuna, adormidora y cariciosa. Malia piensa que la tierra también tiene brazos de madre, y luego imagina que sería feliz arraigando en ella como los árboles, viviendo de su jugo sabroso, sintiendo sobre el cuerpo el frescor de la lluvia como el manzano sobre las hojas. El pasar del aire sobre los labios es tibio y sabe á guindas y á besos. La luz se mete ojos adentro, aunque

los ojos estén cerrados, y sobre un fondo negro enfila sartas de estrellas de oro; luego el oro es el fondo y son las sartas de cuentas negras; luego, sobre azul, rosarios de lágrimas bermejas; luego, sobre rojo, manchas verdes que no tienen forma; luego, la luz se apaga y hay una obscuridad que no se sabe si es negra ó violeta.

Los runruneos que andan por el aire pierden su indecisión, parece que se ajustan al ritmo de un sueño que pasó hace mucho tiempo; Malia no sabe lo que soñó, ni cuándo lo soñó; pero sí sabe que su sueño tiene la voz de aquel rumor, el cual lentamente se precisa, y parece una voz, una voz muy lejana que se acerca, que viene á su lado, que la llama quedito: «Malia, Malia.»

Y abre los ojos á tiempo que una mano aprisiona la suya.

—¡Malia!

—¡Jesús, María y José! ¡Qué susto! ¿Es usted, tío Juancho?

—Sí, yo, no te alborotes, sigue durmiendo.

Malia intenta levantarse, pero el sueño y la tierra la tienen presa.

—Te digo que duermas, mujer. No tengas miedo, que yo te quiero bien y más de lo que tú te figuras. ¿Sabes lo que te digo, rapaza? Que tú también me quieres á mí; no lo sabes,

pero me quieres, ¿verdad que sí, Malia?, ¿verdad que sí?

El viejo habla quedito, con voz meliflua, con entonaciones mansas que trajo de las tierras del sol. Malia no sabe lo que oye y le deja decir; son aquellas palabras como un halago más de aquel su delicioso medio sueño, como la sombra que le acaricia el rostro, como la brisa, como el runruneo del aire, como la fragancia sabrosa de la tierra.

—No sabes tú lo bueno que es quererse como Dios manda. ¡Miren qué manezuca de reina tiene mi aldeana y qué boca de rosal! ¿Quieres que te dé un beso en esa boca?

Dicho y hecho. Ella sonríe sin abrir los ojos.

—¡Malia!—grita oportuna la voz de Celesta—, busca á tío Juan, que ya está la comida.

Malia se incorporó de un salto; el buen señor la siguió implorante:

—Malia, Malita, ¿quiéreme, que me quieras, te digo; mira, esta noche te espero en el huerto, ¿bajarás? A las once te espero.

Malia, sin despertar del todo, desapareció entre los árboles, y entonces empezaron á caer, rebotando en las copas de los manzanos, las gotas de un chaparrón veraniego.

parecía, con largos suspiros que eran estremecerse de hojas y desmoronarse de terrones al empaparse en agua, decir la voluptuosidad del apaciguamiento nocturno. Cuando las ramas se fueron secando, empezaron á despedir su aroma las madreselvas, y sobre el verde obscuro, como una sospecha de color, se adivinó la pompa de unas rosas.

El alma de los huertos nace de noche, porque de día duerme al sol con el vibrar sonoro que suscita en el aire; de noche aroman las flores desdeñadas y se sueñan hermosas; de noche brillan los gusanos de luz; de noche se miran en el estanque las estrellas pálidas; de noche cantan los ruiseñores.

El pueblo poco á poco se va durmiendo; los ruidos callan; se cierran las puertas; alguien canta muy lejos una canción que parece triste; pasa un hombre solo, que va de prisa, y su paso resuena en el silencio con sonar casi trágico; ladran los perros agoreros, y el reloj de la torre canta con clara voz.

El indiano sale al corredor; la frescura fragante de la noche dice algo muy grato á su espíritu, aunque él no es poeta; la noche tiene voz para casi todas las almas, y como siempre que nos habla la Naturaleza trasladamos nosotros el sentido de su lenguaje al idioma de nuestro deseo, creyó el indiano que aque-

XIV

La tormenta, nutrida de lluvia, duró toda la tarde; vino pronto el crepúsculo; pero sucedió que el cielo, en lugar de obscurecerse, esclareció con la venida de la noche, y, barridas las nubes por el viento, lucieron las estrellas. No fué noche de luna; pero á la claridad del cielo se veían los árboles lavados por el agua, frescos y estremecidos; corrían también veredas abajo arroyos claros que iban bañando las zarzas por el pie; á intervalos caían gotas rezagadas de los aleros, de las ramas movidas por el pasar de un pájaro nocturno. El mar, alborotado por la lluvia, se daba el lujo de seguir rugiendo ahora que la lluvia pasó, y traían al pueblo, ecos de lontananza, el historial de sus furoros al pie de las peñas; el murallón, en que se abren las bocas de la mina, chorreaba el agua mezclada con hierro, como carne viva que vertiese sangre. Lozano el huerto y fresco,

lla poesía de la noche era como heraldo de las aventuras de su amor. La chiquilla, sabrosa y fresca como el huerto, era como dardo para su corazón, dardo causador de gustosas heridas, y el fuego de los labios de ella se antojaba á su anhelo frescor matutino, y del halago de su esquividad tomaba su mente dulces apoyos para fingir las glorias de la hora del triunfo.

El buen Juancho tenía su dicha por tan segura, que iba retardando el momento con saboreo goloso y pueril. Será de esta manera y de la otra. Y fué tanta la fuerza de su imaginar, que creyó oír, junto con los suspiros de las hojas y las risas del agua en la tierra, suspiros y risas de la enamorada. ¡Suspiros y risas!

Sí que sonaban, alternados, como perlas y rosas. Suspiros y risas, y bien cerca, en el huerto, casi debajo del corredor. Y era la voz de Malia la reidora y la suspirante.

Escuchó el indiano; con la voz de ella se trezaba otra voz, y decían:

—¡Eso no, que ye mucho pecado!

—Pues si no pecaran tu padre y tu madre, estábamos frescos.

—¡No seas fato, hombre!

Y luego más risas y más rumores, y el proseguir bajo las madre selvas, sobre la tierra

estremecida, de la dulce batalla; y vuelta al suspirar y al decirse ternezas, ingenuas y claras como flores silvestres...

En tanto el indiano, de bruces sobre la balastrada del corredor, primero con rabia, luego con pena, sintió como si á cada risa de las que en el huerto estaban sonando se desmoronasen, fatídicos y necios, todos los montones de onzas que trajo de las tierras del sol.